

David D. Roberts

# El totalitarismo



**Alianza** editorial  
El libro de bolsillo

Título original: *Totalitarianism*

Esta obra ha sido publicada por primera vez en 2020 por Polity Press. Esta edición ha sido publicada por acuerdo con Polity Press Ltd., Cambridge.

Traducción de Andrea Saavedra

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth  
Diseño de cubierta: Manuel Estrada  
Fotografía de Javier Ayuso

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © David D. Roberts, 2020  
© de la traducción: Andrea Saavedra, 2022  
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2022  
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15  
28027 Madrid  
[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)

ISBN: 978-84-1362-858-5  
Depósito legal: M. 7.574-2022  
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

# Índice

- 9 1 ¿Por qué ha de preocuparnos el totalitarismo?
- 29 2 La historia de un concepto
- 92 3 Trayectorias totalitarias entre las dos guerras mundiales
- 138 4 Movimientos y regímenes posteriores a la Segunda Guerra Mundial
- 183 5 El futuro del totalitarismo
  
- 243 Notas
- 257 Índice analítico



# 1. ¿Por qué ha de preocuparnos el totalitarismo?

## Un nuevo fenómeno político

El término «totalitarismo», acuñado por un antifascista italiano en 1923, pasó rápidamente a formar parte de nuestro vocabulario y desde hace casi un siglo es un concepto básico del análisis político. Sin embargo, durante mucho tiempo ha sido uno de los conceptos más dudosos y controvertidos de la teoría política, a tal punto de que hay analistas que abogan por su total abandono. Pero este libro, tras el estudio de los usos que de él se han hecho y revisar los casos más prominentes, sostendrá que sigue siendo esencial para la comprensión del universo político moderno. No obstante, la noción ha sido a menudo mal empleada o mal interpretada, de modo que es imprescindible una comprensión más profunda y renovada del posible significado del término «totalitarismo».

No es difícil explicar por qué deberían preocuparnos los fenómenos políticos que con mayor frecuencia se etiquetan como totalitarismo, comenzando por los tres grandes experimentos que surgieron en Europa tras la huella de la Primera Guerra Mundial: el régimen fascista en Italia, el nazi en Alemania y el comunista en la Unión Soviética, en particular tal como se conformó bajo Iósif Stalin en los años treinta del siglo XX. No solo se trataba de algo nuevo, sino que carecía prácticamente de antecedentes, aun cuando, mirando hacia atrás, se pudiera ver un anticipo en la «movilización total» durante la Primera Guerra Mundial, que suponía la coordinación gubernamental de la economía y la manipulación de la opinión pública. En 2000, el influyente intelectual parisino de origen búlgaro Tzvetan Todorov dijo que la aparición del totalitarismo, y su culminación en un largo conflicto con la democracia, fue el acontecimiento más importante del siglo XX<sup>1</sup>.

Las trayectorias de los experimentos italianos, alemán y soviético afectaron profundamente no solo a la conformación de nuestro mundo, sino también nuestra comprensión de nosotros mismos, nuestra idea de lo que puede llegar a ocurrir. Las imágenes de dichos regímenes nos perturban aún hoy particularmente por la violencia, el terror y el genocidio que ocasionaron. Pero también eran abiertamente la antítesis de los procedimientos y los valores liberales, a saber, el individualismo, la libertad, el pluralismo, la democracia representativa y la distinción entre lo público y lo privado.

Seguimos esforzándonos por comprender qué provocó estas tres desviaciones de lo que parece ser la norma polí-

## 1. ¿Por qué ha de preocuparnos el totalitarismo?

tica. El concepto de totalitarismo ha proporcionado una manera de caracterizar, y posiblemente de explicar, los rasgos más perturbadores de los tres regímenes y lo que los diferencia de otros, en particular de las democracias liberales. Así pues, no es sorprendente que el término haya llegado a tener connotaciones abrumadoramente negativas de violencia, dominación y opresión. Además, estos tres regímenes iniciales terminaron todos en fracaso e incluso en desastre, final que parece sugerir el profundo error inherente al modo de acción totalitario.

Sin embargo, en su momento, la naturaleza negativa del totalitarismo no era tan obvia. Pese a ser un término creado por sus opositores para denotar abuso, en la década de 1920 los fascistas italianos no tardaron en adoptarlo para caracterizar la revolución que ellos proclamaban estar realizando. Además, la utilidad del término, así como lo deseable de la dirección en que parecía apuntar, eran básicos en las discusiones entre quienes buscaban una innovación política, sobre todo en las derechas antes de la Segunda Guerra Mundial. Hacia la década de los treinta, esta discusión trascendió con mucho las fronteras europeas para incluir, por ejemplo, a Turquía, Argentina y Japón. En su condición de ser una de las nuevas posibilidades disponibles, el totalitarismo atraía por doquier a algunos, pero en otros provocaba rechazo y confusión. ¿Qué veían en él sus partidarios?

En particular tras el giro estalinista en la Unión Soviética, a comienzos de los años treinta, y el advenimiento del régimen de Hitler en Alemania, en 1933, el término «totalitarismo» fue adoptado por observadores extranjeros que procuraban dar sentido a los tres nuevos regíme-

nes, lo que contribuyó decisivamente a nuestra comprensión de los mismos. Ante todo, parecía una manera de caracterizar lo que en ellos había de novedoso. Llamarlos totalitarios implicaba sugerir que, aunque su hostilidad hacia la democracia liberal les hacía tener en común elementos con anteriores sistemas de gobierno autoritarios, dictatoriales y policiales, era imposible entenderlos de acuerdo con esas categorías preexistentes. Entre los factores que, combinados, convertían a estos regímenes en formas de gobierno sin precedentes se hallaban la movilización masiva, la expansión de la soberanía del Estado, el monopolio del partido único y el giro a una activa ingeniería poblacional. El Estado –el Partido– podía intervenir en cualquier terreno, desde el sistema de educación hasta la economía.

En 1954, el politólogo Karl Deutsch resumía así el consenso a este respecto:

El totalitarismo implica de modo característico la máxima movilización de los esfuerzos y los recursos de la población [*sic*] bajo su gobierno. «En una democracia –según un conocido chiste– todo lo que no está prohibido, está permitido; en un régimen autoritario, todo lo que no está permitido, está prohibido; y en el totalitarismo, todo lo que no está prohibido es compulsivo». El ciudadano de un Estado totalitario o de una cultura totalitaria no dispone de tiempo ni de posesiones que pueda llamar verdaderamente suyas<sup>2</sup>.

No obstante tratarse de una formulación evidentemente hiperbólica, sugiere bastante bien lo que diferenciaba el totalitarismo de una democracia liberal, por un

## 1. ¿Por qué ha de preocuparnos el totalitarismo?

lado, y por otro, del autoritarismo. De los tres sistemas, la democracia liberal aprecia sobre todas las cosas la libertad individual, incluida la libertad para participar en la vida pública. El autoritarismo, más preocupado por mantener la sociedad bajo control, limita la participación política, pero permite el ejercicio de la libertad dentro de un marco estrecho. El totalitarismo da un paso más y niega por completo la libertad individual, aunque no simplemente para llevar al máximo el control, sino también para movilizar a la población. Esta es la razón por la cual no queda espacio para la privacidad y ni siquiera para el tiempo libre. De ahí la insistencia en la coacción. Pero ¿por qué busca esa movilización total por encima de todo?

### El alcance del totalitarismo

Aunque la idea de totalitarismo surgió en respuesta a una época particular de experimentos políticos —la de ambas guerras mundiales en Europa—, también se aplicó de modo más general a una variedad de regímenes políticos, movimientos, aspiraciones y visiones de futuro e incluso a fenómenos ajenos a lo político. Este abanico de usos ha planteado problemas relativos al alcance cronológico, geográfico y temático de fenómenos que pudieran considerarse auténticamente totalitarios.

Si bien la Segunda Guerra Mundial puso fin al régimen italiano y al alemán, el experimento comunista siguió vivo en la Unión Soviética, que al quedar entre los grandes vencedores de la Segunda Guerra Mundial, vio enorme-

mente realizados su prestigio y su poder. El final de la década de los cuarenta fue testigo de la expansión del comunismo por los Estados satélites de Europa central y oriental, así como, aunque no al mismo tiempo, del advenimiento de la Guerra Fría. A pesar de una tímida liberalización en el bloque soviético tras la muerte de Stalin en 1953, el totalitarismo siguió vigente en todo el sistema soviético hasta su derrumbe entre 1989 y 1991.

Mientras, en 1949 los comunistas, liderados por Mao Zedong<sup>3</sup>, tomaron el poder en China y, aunque de manera irregular, el régimen posterior siguió una dirección ampliamente marcada por el totalitarismo hasta la muerte de Mao en 1976. Con posterioridad, sus sucesores dieron marcha atrás respecto a los supuestos excesos totalitarios de la era de Mao. Pero aunque el sistema político chino presentó entonces un cariz menos abiertamente totalitario, mantuvo una significativa continuidad respecto del período de Mao y, por cierto, ningún acercamiento a la democracia pluripartidista. Entretanto, otros regímenes comunistas vieron la luz, particularmente en Corea del Norte, Cuba, Camboya y Vietnam, todos ellos con rasgos ampliamente totalitarios. Sin embargo, cada uno siguió su propia trayectoria y, al igual que China después de Mao, en algunos de ellos el impulso totalitario pareció disiparse.

Precisamente cuando el totalitarismo parecía extinguirse en el mundo comunista, el extremismo islamista pasó a ocupar el centro del escenario por primera vez en 1979 con la revolución que dio origen a la República Islámica de Irán. Este régimen fue tildado de totalitario, y el mismo calificativo se empleó para caracterizar otros movimientos

## 1. ¿Por qué ha de preocuparnos el totalitarismo?

y regímenes islamistas, sobre todo el autodenominado Estado Islámico de Irak y Siria (EIIS, también conocido como ISIS por sus siglas en inglés), que se estableció en 2013, y que nos sirve para caracterizar el conjunto de la ideología política radical que algunos llaman «islamismo» y distinguir de la religión islámica o islam.

Además, hay observadores que ven un retorno al totalitarismo en la reciente evolución de China bajo Xi Jinping o incluso en Rusia bajo Vladimir Putin. Y si agregamos el abuso potencial de las nuevas tecnologías, que consideraremos más adelante, no hay duda de que, al menos como interrogante que vale la pena formularse, la cuestión del totalitarismo mantiene en la actualidad toda su vigencia.

La cuestión del alcance cronológico también apunta a los siglos previos al empleo del término. Ciertos estudiosos del totalitarismo moderno han encontrado paralelismos e incluso continuidades con los movimientos milenaristas religiosos premodernos. Otros han visto los orígenes, al menos del ala izquierda del totalitarismo, en el gran torbellino de la Revolución francesa. ¿Es intrínsecamente anacrónico el empleo del concepto totalitarismo para caracterizar fenómenos anteriores? El disenso continuará entre observadores razonables, pero en general se ha entendido por totalitarismo un fenómeno específicamente moderno que presupone al menos una experiencia sin relación con el liberalismo laico y la democracia parlamentaria, y que requiere tecnologías modernas de movilización y adoctrinamiento.

Precisamente en tanto que moderno, el totalitarismo ha sido concebido en general como un fenómeno especí-

ficamente secular. Pero esto parecería dejar de lado el milenarismo anterior y cuestionar cualquier asociación del extremismo político islámico con el totalitarismo. Sin embargo, aun quienes conciben este extremismo como totalitario, discrepan acerca de la naturaleza de la relación entre el extremismo moderno y la tradición islámica. El extremismo puede ser específicamente moderno e incluso laico, con independencia del nexo que proclamara tener con la tradición religiosa.

En términos del alcance geográfico del totalitarismo, hace mucho que se discute acerca de su aplicabilidad a movimientos o regímenes ajenos a la Unión Soviética, Italia y Alemania en tiempos de las dos guerras mundiales. Esto incluye varios regímenes en Europa, que van de España y Portugal a Polonia y Rumanía. Aunque la mayoría de los especialistas no considera totalitaria la España de Franco, tanto los periodistas como el público general emplean esa etiqueta de modo habitual. Lo mismo ocurre con otros regímenes fuera de Europa, como el Japón imperial y la Turquía kemalista. Hemos visto que el concepto de totalitarismo formó parte de la discusión política en ambos países durante la década de 1930, pero está mucho menos claro que pueda aplicarse a la práctica real de esos regímenes.

Comoquiera que se lo describa, lo cierto es que el totalitarismo se ha extendido por el planeta entero. Tras la huella de la Revolución rusa y la fundación de la Tercera Internacional Comunista (Comintern) bajo el dominio de Rusia en 1919, tanto en Europa como fuera de Europa se fundaron partidos comunistas bajo el paraguas del Comintern. Entre ellos se hallaba el Partido Comunista

## 1. ¿Por qué ha de preocuparnos el totalitarismo?

Chino, creado en 1921. Adoptaron el término «comunista» para distinguirse así de los partidos socialistas de la anterior Segunda Internacional y se comprometieron a seguir el modelo comunista bajo la tutela de Rusia (que en 1922 se convirtió en Unión Soviética). Al adoptar la disciplina y el control centralizados, podría decirse que la dirección comunista era totalitaria, mientras que la corriente principal de la orientación socialista no lo era.

La idea de totalitarismo también se empleó para caracterizar tendencias incluso en el marco de las democracias liberales. A veces, tanto los analistas de derechas como los de izquierdas han afirmado percibir un potencial perturbadoramente totalitario inherente a la propia modernidad laica. La izquierda señala la dependencia moderna de la razón instrumental y el empleo del conocimiento al servicio del poder y la dominación. Los analistas de la derecha libertaria han seguido a menudo una línea paralela, en la medida en que lamentan la expansión aparentemente incesante del Estado moderno, que asume cada vez más poderes y responsabilidades, posiblemente a expensas de la libertad individual.

Desde cualquiera de estas dos posiciones, el potencial totalitario podría considerarse agravado por nuevos métodos de vigilancia gubernamental mediante los medios de comunicación social e internet, o mediante la manipulación social a través de la ingeniería genética. Pero ¿es el concepto de totalitarismo —entretejido como estuvo, y en cierta medida sigue estándolo, con los tiempos del fascismo y del estalinismo— lo suficientemente flexible como para esclarecer estos fenómenos contemporáneos

o, dada precisamente la carga que debe precisamente a tal asociación, más bien nos aleja de ello?

No debemos olvidar, por supuesto, que inevitablemente nuestros conceptos clave evolucionan o incluso «se enriquecen» con la experiencia histórica, como resulta evidente en la trayectoria de otros conceptos decisivos de la teoría política (revolución, libertad y soberanía...). El estudio de ejemplos más recientes podría agregarse a lo que entendemos por totalitarismo o pensamos cuando nos referimos a él. Sin embargo, pese a no tener una extensión predeterminada, esos conceptos pueden perder poder analítico en la medida en que se amplíen para abarcar un número cada mayor de casos. Por tanto, ¿en qué medida las nuevas experiencias pueden enriquecer el concepto de totalitarismo?

Completamente aparte de la cuestión de la flexibilidad, una tendencia al empleo descuidado del concepto, derivada de la excesiva familiaridad con el mismo, ha amenazado con debilitarlo. Incluso en el discurso académico, muchas veces se emplea de una manera muy poco crítica, mientras que en el lenguaje general suele oscilar entre la dilución y la fantasía desorbitada de la ciencia ficción. En un documental televisivo sobre Evelyn Cameron, pionera fotógrafa inglesa que a finales de los años noventa del siglo XIX se estableció en el remoto este de Montana, un experto británico en fotografía le atribuía una «sensibilidad cuasi totalitaria para la imagen»<sup>4</sup>. A los cineastas, en particular, se los ha acusado a veces de buscar el control «total» con el fin de manipular al público. Pero ¿eso es totalitarismo? Es indudable que la trivialidad de semejante empleo del término diluye excesivamente la calificación.

## 1. ¿Por qué ha de preocuparnos el totalitarismo?

Más plausible es la manera en que, en una novela reciente, aplica Anna Burns la idea de totalitarismo para caracterizar la tensión, la opresión y el riguroso control del medio durante las recientes luchas sectarias en Irlanda del Norte<sup>5</sup>. Todos los aspectos de la vida quedaron intensamente politizados, sin escapatoria. Pero aunque su narrador transmita de modo memorable la asfixiante sensación de opresión, Burns también amplía abusivamente del concepto, porque no hay allí totalitarismo en la intención ni en el sistema, sino simplemente la atmósfera resultante de la propia lucha sectaria.

Masha Gessen, periodista norteamericana con bagaje en el conocimiento del mundo soviético que goza de gran reputación, emplea «totalitarismo» de modo más convencional para caracterizar un régimen político a gran escala en el subtítulo de su reciente libro *The Future is History: How Totalitarianism Reclaimed Russia*. Sin embargo, invoca el concepto de un modo trivial, irreflexivo, aparentemente porque los términos autoritarismo, autocracia o dictadura no habrían tenido la misma acidez crítica<sup>6</sup>. En cambio, muestra escasa sensibilidad al hecho de que la mayoría de los observadores considere la Rusia de Putin como autoritaria. Pero también es posible que ese consenso refleje una concepción limitada del totalitarismo y que Gessen, a pesar de su lenguaje poco riguroso, no esté desencaminada. Volveremos a este tema en el capítulo 5, cuando abordemos la Rusia de Putin.

## Razones para dudar del concepto

Si bien la voz «totalitarismo» se sigue utilizando de modo muy general, ciertos observadores han llegado a pensar que más bien confunde que ilumina. En los años setenta del siglo XX estaba muy extendida la idea de que la acusación de totalitarismo se había convertido en una mera herramienta propagandística de la Guerra Fría para desacreditar a la Unión Soviética al parangonarla con la Alemania nazi. Este interés disminuyó con el hundimiento del bloque soviético, pero no ha desaparecido del todo.

En todo caso, esta objeción basada en la Guerra Fría conduce a una cuestión más general, relativa a la legitimidad de agrupar fascismo y comunismo como ejemplos de totalitarismo, cuando parecen ser radicalmente diferentes, incluso opuestos, tanto por su origen como por su ideología y su propósito inicial. Además, los comunistas eliminaron la mayor parte de las formas de propiedad privada, mientras que los fascistas no lo hicieron. Ambos regímenes fascistas, y en particular el italiano, mantuvieron su compromiso con las élites e instituciones preexistentes, mientras que los soviéticos acabaron con el antiguo régimen de modo mucho más sistemático. Aun cuando el concepto de totalitarismo pudiera explicar determinados rasgos comunes, la reunión del régimen comunista y el fascista bajo una misma categoría podría dar la impresión de que se están pasando por alto demasiadas cosas.

En un importante volumen coeditado que lleva el provocativo título de *Beyond Totalitarianism: Stalinism and Nazism Compared*, Michael Geyer y Sheila Fitzpatrick

## 1. ¿Por qué ha de preocuparnos el totalitarismo?

no objetan el concepto sobre la base de su valor político, sino que más bien lamentan que su aplicación indistinta al caso nazi y al soviético haya derivado en un énfasis excesivo sobre las características comunes, a expensas de diferencias más profundas, como las que, sostienen estos autores, presenta en el mencionado volumen su innovadora investigación, realizada al margen del prisma del totalitarismo<sup>7</sup>. Con una actitud muy semejante, en la introducción a un libro que trata de la Rusia soviética y la Alemania nazi como historias entrecruzadas, Michael David-Fox dice que a partir de 1997 «muchos estudiosos han comenzado a buscar nuevas maneras de enfocar uno y otro campo, desafiando o trascendiendo las antiguas comparaciones inspiradas en la teoría del totalitarismo»<sup>8</sup>. Al igual que Geyer y Fitzpatrick, David-Fox da por supuesto que, aun cuando el enfoque basado en el totalitarismo haya sido útil en otro momento, hoy es preciso abandonarlo si lo que se pretende es desarrollar nuevos puntos de vista.

Es indudable que el empleo del concepto de totalitarismo reflejaba ocasionalmente la hostilidad contra la Unión Soviética en la Guerra Fría, pero la resistencia a utilizarlo por quienes veían con relativa simpatía el experimento soviético también reflejaba las presiones de la Guerra Fría. En cualquier caso, la posibilidad de un mal uso no mina por sí misma el concepto, ni como herramienta analítica y comparativa, ni como modo de caracterizar las aspiraciones y la dinámica en acción. En otras palabras, el hecho de que haya servido a los fines de la Guerra Fría no significa que fuera esa su principal finalidad, ni que estuviera presente en todos los casos.

He observado que las dudas acerca de la equiparación de fascismo y comunismo van más a fondo. Pocos negarían la existencia real de *una cierta* combinación de semejanzas y diferencias, pero quienes objetan esta asociación pueden no hacer justicia a la dinámica del mundo real que acerca entre sí a los regímenes específicos del fascismo y del comunismo más de lo que una consideración abstracta podría reconocer.

La diferencia en las aspiraciones motivacionales no excluye tales rasgos compartidos, sobre todo a la luz de la ruptura leninista respecto del marxismo ortodoxo y la ruptura estalinista desde el interior del leninismo. Una vez que la Unión Soviética comenzó a perseguir el «socialismo en un solo país», sus puntos de apoyo marxistas, que habrían parecido específicos para diferenciarlos del fascismo, se volvieron más débiles aún, convirtiéndose incluso en míticos. Seguía siendo cierto que los soviéticos habían hecho una revolución anticapitalista y los fascistas no, pero unos y otros adoptaron como alternativa al capitalismo de libre mercado una misma orientación estatista, que bien podría llamarse totalitaria.

Los fascistas habían llegado a la conclusión de que el problema no residía en el capitalismo o en la propiedad privada, sino en la cultura liberal en general, que parecía responsable de lo más objetable del capitalismo. Un cambio en la cultura política daría lugar a una relación cualitativamente superior entre la esfera política y la económica, aun con la permanencia de los principales aspectos de la propiedad privada. La Unión Soviética, por su parte, llegó a la conclusión de que el socialismo en un solo país requería una industrialización intensiva sobre

## 1. ¿Por qué ha de preocuparnos el totalitarismo?

la base de la colectivización forzosa de la agricultura, proceso en gran parte dirigido desde arriba. Dejando de lado que la quiebra se produjera con Lenin o con Stalin, lo cierto es que el régimen soviético terminó mostrando suficientes características comunes con los regímenes fascistas como para no solo compararlo con ellos, sino para que incluso resultara útil considerarlos conjuntamente como diferentes ejemplos de totalitarismo. Sin embargo, es preciso destacar que, aunque el totalitarismo corta transversalmente el eje izquierda-derecha, no lo sustituye, pues respecto de determinadas cuestiones sigue siendo esencial.

Al mismo tiempo, debemos plantearnos si se produjo una persistencia de las élites y de las instituciones ya presentes en el sistema anterior, ya que pudieron ser objeto de coopción e incluso de ser captadas en relaciones sinérgicas con los verdaderos fascistas, de modo que resultara engañoso suponer que un lado tenía que ser el vencedor y el otro el perdedor, y que las élites conservadoras marginaran a los auténticos fascistas. Incluso en este terreno, sería demasiado fácil exagerar las diferencias entre el régimen fascista y el soviético.

Una segunda objeción tiene que ver con la imagen de totalitarismo que ha terminado por imponerse y que tiene su fundamento en un «modelo estructural» que persigue la «dominación total» desde arriba como objetivo, ya sea para servir al poder por el poder mismo, ya en persecución de una fanática visión ideológica. Aun cuando siga vivo en nuestra imaginación, este modelo ha sido ampliamente rechazado por los especialistas en la medida en que la investigación demostró lo caóticos, confu-

tos y, en última instancia, descontrolados que fueron en la práctica los regímenes supuestamente totalitarios. Fue así como algunos han considerado inadecuado el concepto de totalitarismo, incluso para aplicarlo a la Alemania de Hitler y la Rusia de Stalin. En un estudio muy elogiado que se publicó en 2004 sobre estos dos regímenes, Richard Overy consideraba que el concepto de totalitarismo es casi un chiste, una «fantasía de política ficción» que presupone «la dominación por el miedo a tiranos psicópatas» que ejercen «un poder total, ilimitado»<sup>9</sup>. El análisis de estos regímenes sobre la base de este concepto de totalitarismo parece condenado a despistarnos.

La breve defensa de esta objeción consiste en preguntar quién dice que el control total fuera lo más importante. E incluso cuando por alguna razón eso formara parte de su objetivo, el totalitarismo podría muy bien entenderse como una aspiración, una tendencia, sin implicar una plena realización. ¿Sería posible reformular la categoría como un nuevo modo de acción colectiva que demostraría, en la práctica, llevar implícita una particular tendencia a salirse del control?

Una tercera objeción se refiere al empleo de «totalitarismo» como principio diferenciador, sobre todo para distinguir con legitimidad los regímenes fascistas de otros ejemplos de dictaduras autoritarias de derecha, como la España de Franco y el Portugal de Salazar. Recientemente, muchas autoridades en la materia han dado explícita o implícitamente por supuesto este objetivo. Pero los estudiosos más implicados en casos ajenos a Alemania e Italia han acusado a la dicotomía totalitarismo-autoritarismo de tender a exagerar las diferencias y hacer demasiado

## 1. ¿Por qué ha de preocuparnos el totalitarismo?

nítidas las distinciones en el mundo real. Además, oscurece la relación interactiva de los regímenes fascistas y los que, si bien no completamente fascistas, tienen avidez por aprender de los éxitos de aquellos. Por tanto, no se los podría entender como simplemente conservadores, tradicionalistas y autoritarios. El problema reside en que el totalitarismo parece implicar un enfoque dicotómico de «o bien/o bien», lo que oscurece las relaciones dinámicas de la época, y por eso fracasa en la explicación de la novedad de estos movimientos y regímenes.

Pero si bien la dicotomía totalitarismo-autoritarismo lleva ya mucho tiempo superada, el totalitarismo, adecuadamente matizado, aún puede servir como categoría diferenciadora. Esto implica simplemente debilitar la dicotomía, hacerla menos excluyente. Se mantiene el argumento según el cual si una formación política cualquiera no aspiraba al totalitarismo ni apuntaba en esa dirección, no era fascismo.

En resumen, aunque estas objeciones nos obligan a matizar nuestro pensamiento, no prueban que el concepto de totalitarismo haya perdido utilidad, ni que fuera erróneo desde el primer momento. Sin embargo, es cierto que en general ha quedado en una situación algo anómala. Mientras que algunos lo consideran superado, otros continúan empleándolo, aunque a veces irreflexivamente. Tal como hoy se aplica, tanto en el ámbito académico como fuera de él, podría llegar a convertirse en una mera fórmula que pone en peligro su comprensión, de modo que, hasta cierto punto, la reacción contra dicha fórmula ha sido saludable. Pero hay quienes la rehúsan por motivos que parecen simplemente tendenciosos o muy cortos de miras. Si